

El pequeño pacto italiano

encontrado con la imposibilidad de gobernar por sí solo, e incluso con la de participar en el Gobierno con ministros. Ha buscado un pacto. ¿Es ya el mismo comunismo? El propio Luigi Longo emite sus dudas: "La medida de nuestra sensibilidad y de nuestra responsabilidad nacionales está dada por la capacidad de ser lo que hemos sido y somos: esto es: nuestra capacidad de exaltar y no de alterar nuestra capacidad de comunistas". El problema que está viendo ya Luigi Longo, y que indudablemente está comenzando a suceder, es el de una pérdida de confianza de los obreros con respecto al Partido y su dirección. Todavía el Partido representa diez millones de trabajadores, y todavía dispone de ellos. Es con esa fuerza con la que cuenta el Gobierno al solicitar la aprobación —en forma de abstención— del PCI a su plan de austeridad.

Pero todo dependerá no del plan mismo, sino de sus resultados prácticos y tangibles, que ahora no se pueden prever. Si éstos alteran seriamente la capacidad adquisitiva del obrero, no ya en el consumo más o menos superfluo, sino en su propia subsistencia diaria, el Partido Comunista tendrá que abandonar al Gobierno a su suerte y votar negativamente en el Parlamento: se produciría la crisis. La alternativa es probablemente una escisión grave en el Partido.

Pero la "línea Berlinguer" va más allá, o quiere ir más allá, de las meras circunstancias actuales. Con este pequeño pacto quiere llegar al "compromiso histórico", cuando el momento parezca propicio. Es decir, cuando se haga aceptar a los aliados occidentales que Italia puede tener ministros comunistas en su Gobierno sin necesidad de destrozar el juego occidental, y cuando los derechistas, que sueñan con un golpe de Estado, comprendan que sería seguido de una huelga general revolucionaria que les impediría el éxito. Es un camino arduo: tanto por la resistencia exterior —exterior a Italia y exterior al Partido, dentro de Italia— como por la resistencia interior, que teme la desnaturalización del Partido o del ideario general comunista, dentro de una red de pactos y compromisos que le quitarían definitivamente su carácter de vanguardia del proletariado.

El fondo de la cuestión, para el Partido y para el plan de austeridad, es lo que en el debate del Parlamento se ha llamado "el costo del trabajo". Para la derecha, la falta de inversiones nacionales y extranjeras que han minado la economía nacional se debe, sobre todo, al costo del trabajo, que, según ellos, es mayor en Italia que en otros países (naturalmente, el cos-

to del trabajo no se puede nunca considerar intrínsecamente alto o bajo, sino solamente en función de otros índices: claramente, de índices de precios: un obrero puede resultar más caro en Italia que en España en cifras absolutas, pero será más barato si la proporción del costo de la vida es superior: se trata de un ejemplo y no de una comparación). Comunistas y socialistas han explicado que la "huelga de inversiones" —y eso sí es algo que concretamente está sufriendo España, y también la derecha lo achaca al "elevado costo del trabajo"— tiene otras razones que no son el precio de la mano de obra.

En este tema, el plan de austeridad deja abierto un plazo. Durante un mes, los grandes industriales —reunidos en la Confindustria— y las tres confederaciones sindicales del país van a negociar entre sí la reforma de la escala móvil desde un sentido puramente realista y, por lo tanto, la adecuación entre precios y salarios. Es quizá una solución democrática, dejar que ambas partes en presencia negocien por sí mismas y no por el arbitrio del Gobierno, y todos los parlamentarios lo han considerado así —y, por lo tanto, satisfactoria— en estos momentos. Pero no hay ninguna seguridad de que estas negociaciones de un mes lleguen a una solución aceptable. A no ser la urgencia que sienten las dos partes. Y la necesidad de defenderse de los dos extremos.

Porque, como sucede siempre, los extremos nacionales son los más reacios a la aceptación del plan y de las negociaciones. Para los fascistas, el Gobierno está avanzando peligrosamente en el camino que conduce al comunismo, y a ello se debe, sobre todo, su voto negativo en el Parlamento (por otra parte, el plan en sí no hubiera merecido la negativa de muchos de entre ellos, de no haber estado apoyado por comunistas y socialistas); por otra parte, los grupos a la izquierda del comunismo, que están viendo un avance hacia el capitalismo más duro y que consideran que el Partido Comunista ha traicionado sus intereses de clase. Los extremos nunca tienen fuerza en un país hasta que se produce una situación límite: entonces son ellos los que dirigen la coyuntura.

La situación límite puede llegar a producirse. La base real del Gobierno, como se ve, es muy escasa. El Gobierno se instala sobre situaciones provisionales y requiere la tolerancia de la mayoría de la nación. En cualquier momento puede acabarse esta tolerancia, o extenderse de tal forma las huelgas, que hagan imposible el plan de austeridad. El Partido Comunista puede —instado por su propia izquierda— cesar en su abstención y votar en contra. Se abriría una crisis grave. ■

Hans Ulrich Rudel:
¿profesional brillante o nazi servidor de Hitler?



RFA

El caso de los militares nazis

ALEMANIA Federal no ha sabido resolver todavía en su conciencia la contradicción entre unas victorias militares excepcionalmente brillantes en la segunda guerra mundial —aunque todas fueran a acabar en la más horrible derrota de la Historia universal— y el espectro del nazismo. No debe ser fácil pertenecer a un pueblo acusado colectivamente de los peores crímenes del mundo (lo cual no es técnicamente cierto: pocos grandes países podrían tirar la primera piedra en acusar de atrocidades a otros, y, sin embargo, la tiran) y obligado a una rehabilitación perpetua. En este movimiento de conciencias contradictorias está el caso de los generales destituidos, Krupinski y Franke. Estos generales en ejercicio acudieron a un homenaje al general Rudel, que fue un gran combatiente del Hitler, homenaje al que asistían antiguos nazis. ¿Fue Rudel un militar brillante, que sirvió a su patria con su profesión, sea cual fuese el régimen al que servía, o fue un nazi al servicio de Hitler? Si la pregunta se resuelve en su última parte, los generales en ejercicio son culpables de haber asistido a una resurrección militar del régimen caído y castigado. Si, en la primera, no son más que unos militares admiradores de otro militar, y el ministro de Defensa que les ha destruido se ha equivocado.

Este debate no se puede conducir sin impurezas. Porque la conciencia sigue empañada. El hecho es que Rudel no es tan aséptico como le quieren mostrar sus partidarios, y no tanto por su actuación militar en la guerra —que está fuera de dudas— como por sus palabras y sus escritos actuales, en los que se muestra de una derecha extrema, a la que muy bien se puede llamar nazismo.

Pero otra pregunta: ¿Tienen o no derecho los militares a tener opinión política? En Alemania Federal se estima que sí, y que democráticamente no puede ser de otra manera. Aun en el caso de que esas opiniones puedan ser de una extrema derecha lindando con el nazismo.

Pero el ministro de Defensa tiene otros argumentos. Primero, les acusa de desobediencia: la reunión estaba prohibida, y ellos asistieron. Segundo, "no se han ajustado a los principios que inspiran las instituciones democráticas del Estado Federal alemán". Esta segunda acusación, ¿es política o se refiere a su servicio militar activo? Pero si existiese muy desarrollado en el Ejército alemán federal ese espíritu, ¿no habría peligro de un golpe militar que deshiciese las instituciones democráticas? La pregunta inmediata es la de saber si efectivamente en el Ejército alemán, naturalmente dirigido por militares que participaron en la guerra, tiene muy desarrollado ese sentimiento antidemocrático. Las respuestas tampoco son objetivas en Alemania Federal: la opinión más a la izquierda sostiene que el espíritu nacionalista, revanchista y en cierto modo nazi prevalece en el Ejército, y las a la derecha, que el Ejército está ahora, y antes, compuesto exclusivamente de profesionales, que lo único que desean es defender el régimen establecido. En cierta forma, el Ejército alemán federal se compone menos de aristócratas, de prusianos, de militaristas —por decirlo así— que de técnicos que estudian una carrera cada vez más difícil, y que salen de unas clases medias adineradas. Esta condición de técnicos les alejaría más de las tentaciones atrayentes del poder. Pero ¿es así? ■